

Humanistas y cristianos

I

Mi prolongada convivencia con la obra y el pensamiento de Juan Luis Vives, que abocó en la versión al romance de Castilla de todas sus obras y en el ensayo biobibliográfico que la precede, me indujo y estimuló a intrincarme más en la alborotada zona del humanismo militante bajo las banderas de la *Philosophia Christi*, aliada de la *Pietas litterata*. ¿En derredor de qué caudillo estaban alineadas en orden de batalla las lucidas huestes de la causa de Cristo y de las Buenas Letras? Juan Luis Vives, a cada paso de su epistolario, lo señala con el dedo; y confirma este caudillaje la entusiástica y unánime adhesión de los intelectuales que en aquellos días de prueba ni desertaron de las tiendas de la Iglesia ni riñeron con las Gracias y las Musas. Ejerció, sin posible duda, esta azarosa capitanía Desiderio Erasmo Roterodamo.

Estante en Venecia, bajo el techo de Aldo Manucio y de su suegro Andrés de Asola, o en su grave y doctoral sede de Basiles, entre el ruido y la baraúnda de las prensas de Juan Froben, o en su propia casa de Friburgo, donde gozaba de la callada gloria de sentirse ciudadano del orbe y podía con pleno sabor decir, como Horacio en su granja de la Sabina: *Ante larem meum*

vescor: yo como en presencia de mi lar; llegaban a la continua a aquel hombrecico (*homunculus* se llamaba a sí siempre que venía a cuento), hombrecico perpetuamente valetudinario, muriéndose cada día, siempre arrecido y arropado en pieles; llegaban, dije, cartas y más cartas de los cuatro vientos de Europa. Expedíanlas la Cancillería Apostólica, la Corte Cesárea, monarcas reinantes, príncipes y electores, cardenales y dignatarios de la Iglesia, Universidades, teólogos, filósofos, humanistas. Dondequiera estuviese él, en casa ajena o en su casa propia, si pequeña, pero a su medida (como la que con su dinero se construyó, en Ferrara, Ludovico Ariosto), constituíase en epicentro de aquella conmoción telúrica, en activísima agencia de noticias, yentes y vinientes. No siempre eran idilios los que iban y venían, sino, con harta frecuencia, polémicas feroces. Su péñola era como la péñola del escribano que escribe velozmente. *Raptim* (escrita tumultuariamente, a vuelta pluma) consigna al pie de muchas de sus cartas. O: "Perdona, no la releí". O: "Si en algún punto deliró mi pluma, enmienda tú su delirio". Polarizó Erasmo, en proporciones enormes, la hostilidad y el favor. Gozó del afecto explícito, mientras aspiró auras vitales, de los cuatro sumos Pontífices contemporáneos: León X, Adriano VI, Clemente VII, Paulo III; éste, con vistas al Concilio ecuménico que iba a convocar, le ofreció la púrpura cardenalicia. En Inglaterra estuvo flanqueado por Enrique VIII, mientras fué *Defensor fidei*, y por su esposa legítima, Catalina de España, para quien escribió el tratado del *Matrimonio Cristiano*, y por el confesor de ambos, Juan Longlond, Obispo de Londres; por Tomás Moro y por Juan Fisher, Obispo de Rochester, alzados recientemente al honor de los altares con la aureola del martirio, que fueron amigos suyos indefectibles de todas las horas y *usque ad aras*; tenía al Cardenal Wolsey, Primado de aquella Iglesia y Canciller de aquel Reino; tenía a Guillermo Warram, Arzobispo de Cantorbery, que fué el más espléndido de sus mecenas. Tenía en Francia a Francisco I, a Guillermo Budeo, al piadosísimo Obispo de Carpentras, Cardenal Sadoletto. Tenía en el Milanesado al Cardenal Bembo, *doctus sermonis utriusque linguae*, ciceroniano en latín y clásico autor italiano. Tenía en Suiza al Cardenal Mateo Schinner, Obispo de Sión, y al anciano y virtuosísimo Cristóforo de Utenheim, Obis-

po de Basilea. Tenía en Austria a su Rey Fernando, hermano del César Carlos. Tuvo en Hungría y Bohemia la profunda estima de su Reina, hermana del César Carlos y de Fernando, la discretísima y desventurada María, para quien el humanista holandés escribió la *Viuda cristiana*. Tenía en España, a par del odio más fanático, la más constante y firme devoción: el César y su Corte; el Primado de Toledo, Alfonso Fonseca; el Inquisidor general, Alfonso Manrique, sucesor de San Isidoro en la sede hispalense; tenía toda la Universidad de Alcalá (con la única excepción del doctor Ciruelo); tenía, dondequiera estuviese, Juan de Vergara; tenía a Juan Luis Vives, para quien él creó el ingenioso mote de *anfíbio*, hasta entonces no oído, porque partía sus andanzas entre Flandes e Inglaterra. ¿Qué más se quiere? Parece que estos nombres y estos hombres, abrigando al gran humanista de Rotterdam, debieron limpiarle de una vez para siempre de toda suspicacia de heterodoxia, y serenar el entrecejo de quienes aún ahora, en oyendo su nombre, hacen un gesto agrio.

Muy en su punto, dice Marcel Bataillon en su ingente obra exhaustiva *Erasmus y España*:

—No conseguiremos conocer a Erasmo si, no damos de lado la figura demasiado vulgarizada de un Erasmo, gran reidor, que debería toda su celebridad al *Elogio de la Locura*. Esta donosa obrecilla es, en realidad, el único libro de Erasmo al que se acercan los lectores modernos. Pero encerrar a todo Erasmo en el *Moriae Encomium* equivaldría a encerrar toda una vida, colmada de días y de trabajos en una semana de vacaciones que el autor se tomó, allá en sus festivas mocedades; pues no más de siete días empleó en la composición de este librito de pasatiempo, de burlas y donaires provocantes a risa, pero en la mente de Erasmo, provocante a saludable empacho, y a enmienda y corrección...

De Tomás Moro (que, por propia confesión, fué *más que mitad de su alma* y le quería más que a las niñas de sus ojos *oculis carior*), por Pío XI inscrito en el catálogo de los Santos tomó Erasmo el nombre de este vivaz átomo de libro. A él vi cariñosísimamente nuncupado, y por el futuro Mártir fué aceptado con una total complacencia. Algún rayo de la aureola extraterrestre que circunda la cabeza que el hacha derribó de las sólidas espaldas del ex Canciller de Inglaterra, habrá dorado a su

unánime Erasmo Roterodamo, amigo indeficiente; amigo, no con aquella amistad cauta de la que dice el Eclesiástico: *Vino nuevo es el amigo nuevo; se añejará y lo beberás con sabor*, sino amigo con aquella amistad no fallecedera, de la que dice el Libro Sagrado: *El amigo fiel es medicina de vida y de inmortalidad*; con aquella amistad de la que un poeta pagano, Ovidio, había dicho que era santa y venerable:

Illud amicitiae sanctum et venerabile nomen.

Amistad que duró hasta la muerte sin envidia y sin querrela, sin nube y sin eclipse.

Allá por el año 1505, Erasmo se tornó decididamente *anfíbio* y repasó el Canal de la Mancha. La primera vez fué en 1497, cuando Tomás Moro, un decenio más joven que el filólogo holandés, seguía su segundo curso de Derecho; y se conocieron en casa de Guillermo Blount (Lord Mountjoy), alumno que había tenido Erasmo en París. Recién casado Tomás Moro le dió albergue en su hogar, donde se reunía una pléyade de helenistas: Colet, Grocyn, Linatre, Lily. En trance y sabor de *grecisar*, los dos nuevos amigos entretenían sus ocios doctos leyendo los regocijados *Diálogos* de Luciano de Samosata, interpretando algunos de ellos, y trasladándolos a una primorosa latinidad en la que ambos tenían envidiable manderecha. Pensará alguno: ¿Cómo podían solazarse en tales bagatelas que en sentir de muchos habían de acarrear resultados tan serios: *Hae nugae seria ducunt*. los dos grandes humanistas cristianos? Lo comprenderemos si nos situamos en su tiempo y sazón. Corrían los primeros años del siglo XVI. Toda Europa, dice el abate académico Henri Brémond, se mantenía en la integridad de la fe católica. Eran días aquellos de alciónica bonanza. El nombre de Martín Lutero no había sonado más allá de la ciudad sajona de Witemberg. Nadie había puesto tilde ni en su ejemplaridad de religioso ni en su ortodoxia de teólogo. ¿Quién podría prever que de tan feliz bonanza surgiría tan violenta tempestad? ¿Quién que no tuviera el profético instinto de Elías, iba a oír en el seno de la nubecilla parda, breve como el pie de un hombre, el rumor de las muchas

aguas, el sonido del diluvio que anegaría la Europa y rasgaría *a summo usque deorsum* el velo inconsútil de la Cristiandad?

Era inaplazable, esto sí, la reformación de la Iglesia, gradualmente degenerada de aquella dichosa edad y de aquellos siglos dichosos en los que todavía conservaba su hervor la sangre de Cristo, según la feliz expresión de nuestro cristianísimo Juan Luis Vives, amigo unánime de Erasmo y de Moro, y uno de los espíritus que más ardientemente suspiraban por ella. Era de desear, y aun de esperar, que la inexcusable resipiscencia y la radical corrección, comenzando por su Cabeza visible y seguida en todos sus miembros, germinarían en el seno de aquella, sociedad y nacerían de sí misma, de su propia voluntad, de su propia sangre, de sus propios huesos. ¡Cuántos espíritus, en aquella época, ya que no con las mismas palabras, empero con el mismo fervor, enviaban al cielo el voto ardiente de Dido, cuando ya pálida de su deliberada próxima muerte, decía pensando en su Cartago y en sus tirios y en la cobarde felonía de Eneas:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor! (1)

II

Bossuet, en su *Histoire des Variations*, va a tomar en San Bernardo el primer testimonio de la enérgica voluntad de reformación de la disciplina eclesiástica que, por lo menos, desde el siglo IX y por la recia voz de San Pedro Damiano (en cuya predicación llevada al paroxismo, que ahora nuestras orejas no tolerarían, tuvo que poner discreción y mesura el Papa Gregorio VII, que era el férreo Hildebrando) acuciaba el celo de las más altas jerarquías: —¿Quién me dará, exclamaba el Santo Abad de Claraval, en la carta al Papa Eugenio, alumno de su propia escuela de santidad; quién me dará que mis ojos vean, antes que se cierren en la muerte, a la Iglesia de Dios restituída al estado de sus primeros días? A sus ojos de carne negó Dios este consuelo. Por todo el discurso de su vida, adoleció Bernardo

(1) Virg.: *Aeneidos*, IV, 625: "Plegue al cielo que el Vengador surja de nuestros propios huesos".

del dolor de la Iglesia; y no cejó, ni oportuna ni importunamente, de clamar y amonestar a los pueblos, al clero, al episcopado, a la misma Sede Apostólica y aun a sus propios monjes afligidos en la arisca soledad, de la misma insanable dolencia de su terrible Reformador, ciertamente nacido más para la dulzura que para la acrimonia. El mal desde los días de San Bernardo no había hecho sino enconarse y extenderse más. Pareció iniciarse una voluntad de mejoría a principios del siglo XVI, ante la inminencia de la apertura del Concilio convocado por el primer Papa de Aviñón, Clemente V (Bertrán de Goth, Arzobispo de Burdeos), que debía reunirse en Viena del Delfinado, ciudad cabecera de la Galia Lugdunense, orillas del Ródano, esa agua caudal, donde entonces la Cristiandad bebía. Encargó el Papa a un santo y sabio Obispo de la orden de Santo Domingo, llamado Guillermo Durando, Obispo de Meaux, dicho también el *Especulador*, que preparase las materias que en el Concilio habían de tocarse. Guillermo Durando señaló como tarea primordial la reformación de la Iglesia, vertical, audaz, desde la cabeza hasta los pies, y rápidamente ejecutada.

Ventura fué que a este Concilio que suscitó tan magníficas y tan efímeras esperanzas, acudió nuestro ubicuo Raimundo Lulio, estante en aquella sazón en París. Previamente, en esta ciudad, ante la celebración del Sínodo ecuménico, Maestro Ramón Barbaflorida, como le apodaban los escolares de la Sorbona, había ido amasando unas coplas que él intituló *Del Concilio*, en las que pedía al Pontífice, en hórrido y osado metro catalán, casi aquello mismo que el Obispo Durando, digámoslo en lenguaje castrense, había puesto en la orden del día de la convocada asamblea, a saber: la total rectificación de la Iglesia Romana, salida del Costado de Cristo, madre y espejo de todas las iglesias; y que no debía tener ni mancha ni arruga:

*Senyor Deus, pluja
perqué el mal fuja,
car peccai puja...*

Agobiado bajo la pesadumbre de sus ochenta años, apresuraba Raimundo sus pasos con afán senil. Pedía al cielo lluvia benigna que ahuyentase el mal, porque el pecado crecía y subía; y

conminaba y emplazaba ante el Divino Tribunal al mismo Papa Clemente, llamándolo por su propio nombre y por su número ordinal y amenazándole con que él, Raimundo Lulio, en el día tremendo, ante el tribunal del Divino Juez sería testigo de cargo del propio Papa:

*Senyor En Papa quint Climent
qui sots senyor de tanta gent...
al jutjament
dirai que al Papa Climent
ho fui dient...*

¡ Señor Papa Clemente V, que sois señor de tantos pueblos... Yo, en el tribunal de Cristo, declararé que os puse sobre aviso, señor Papa Clemente!

El apóstol mallorquín, en estas coplas del *Concili*, con una furia mayor que la que inflama los serventesios políticos de los trovadores provenzales, arremetía con cristiana libertad contra los cardenales fastuosos y remisos; agujaba a reyes, príncipes, duques, marqueses y barones para que *de razón hiciesen gonfalón y del amor de Dios hiciesen cota*; concitaba a los preladados con altos gritos porque no pusiesen estorbo a la celebración y eficacia del Concilio y echábales en rostro que de nada les valdría el anillo ni el soberbio alazán, ni el rico manto ni el vistoso cortejo de esbeltos donceles; estimulaba el celo de los buenos religiosos para que a la continua exaltasen su voz, como la trompeta, y despertasen a las gentes. Y por añadidura pedía al cielo que enviase al Concilio aquellas cuatro caballerescas damas, sus dulces y sabias consejeras, llamadas *Contrición, Satisfacción, Devoción y Oración*. Y lo encarece más diciendo:

*Si al Concili va Orgull
en nuyt hom ne en ell Pacull,
tot hi será de mal escull;
no hi cal anar Ramón Llull.*

Si el Orgullo va al Concilio en la persona de algún alto dignatario; si se le da entrada en la asamblea; el Concilio zozobrará en este escollo y no habrá ya razón para que él, Raimundo Lulio, asista a la asamblea.

Y, no obstante, al Concilio iba el orgullo en la persona de un

prosopopéyico personaje clerical con quien Raimundo topó en su jornada de París a Viena, haciendo también la vía de la ciudad conciliar. Luego de haberle Raimundo catado afectuosa y humilde cortesía y haberle declarado los móviles por los que él iba al Concilio, declaró el clérigo, a su vez, los que al Concilio a él le llevaban, que eran precisamente los que el Concilio hubiera tenido que corregir y atajar.

—Mi padre —le dice el hombre de iglesia— fué un ganapán ruin y rústico; y yo, pordioseando de puerta en puerta, conseguí terminar mi estudios. A su terminación, fuí favorecido con un pingüe beneficio; me doctoré en Artes y se me aprobó en Sagrada Página; ordenado presbítero, fuí promovido a la dignidad de arcediano. Fuí acumulando beneficios encima de beneficios y pude enriquecer a mis hermanos, que abandonaron la azada y la esteva. ¿Paréceos que es poco esto? Pues aún hay más: los hice caballeros; casé a mis hermanas con hijos de caballeros; y de la más baja extracción social, empiné mi sangre a la mayor altura. Estos tres mozos estudiantes que, cabalgando, me acompañan a la ciudad, sede del próximo Concilio, son sobrinos míos; todos ellos disfrutan ya de sendos beneficios pingües y aún pienso en este Concilio apañar para ellos unos cuantos beneficios más. Y de mí, ¿qué os diré? Me tienta en la Corte una brillante prelación, y me propongo alcanzarla, y vivir con toda pompa y regalo. En pos de mí viene un lucido séquito de palafreneros, escuderos, sirvientes, cocineros y pasteleros; sírvenme las viandas en vajillas de plata; soy señor de muchas riquezas que bastan con creces a cubrir mis dispendios cuantiosos...

Esta anécdota, contada y por ventura vivida por Raimundo Lulio en su jornada de París a Viena del Delfinado, ilustra con un recio golpe de luz los inconfesables motivos con que muchos acudían a los Concilios que muy espaciadamente y de tarde en tarde se convocaban so color de enmendar la moral y vigorizar la relajada disciplina eclesiástica. Contra el universal desquiciamiento, Raimundo Lulio no perdonaba críticas acerbas ni trallazos crujientes y escocedores que arreo se leen en sus escritos: en el *Libre de Contemplació* (que en el postrer año del siglo que vió la cuna de la imprenta editó en París y en latín *Jacobus Faber Stapulensis* (Jacques Lefèvre d'Étaples), teólogo

y filósofo que, con Erasmo Roterodamo, tuvo dares y tomares felizmente terminados en cristiana y apacible amistad); en el *Félix, de les meravelles del món*; en la ambiciosa utopía —la cosa, el ensueño de mejoramiento social, doscientos años antes que Tomás Moro atinase con el nombre—; utopía que Raimundo denominó *Blanquerna* por el nombre del protagonista, cuando este imaginario y silvícola ermitaño de Miramar de Mallorca escaló contra su íntimo querer la capitolina cumbre del Papado Romano y encarnó en otros tantos cardenales, cuantos son los artículos del *Gloria in excelsis*, el enderezamiento radical del mundo. Desgraciadamente, la apostólica vehemencia de Raimundo Lulio no recogió mucho más fruto que los gemidos de tórtola, ave que por canto tiene llanto, del dulce Abad de Claraval. Aproximadamente un siglo después del acerbo apostolado del asceta mallorquín, tronaba contra los mismos abusos y males de la Iglesia, al parecer agravados, el santo demagogo valenciano Fray Vicente Ferrer, que a sí mismo se llamaba Legado *a latere* de Cristo Jesús; y pregonero y añafil del que se creía inminente final Juicio. En un sermón de la Asunción de Nuestra Señora, apoyándose en el texto de San Jerónimo: *Maria cotidie in domo stabat et raro exibat* (Diariamente María estaba encerrada en casa, y raras veces sacaba el pie de ella); y recalcando en el consejo de San Pablo: *Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus* (Si en el espíritu vivimos, caminemos en el espíritu), fray Vicente con evangélica libertad arremete contra determinadas prácticas piadosas que cuando, poco más de un siglo después, Erasmo con celo amargo, lo reconozco, las tocó, fué muy agriamente censurado; me refiero a las romerías a que tanta afición tenía el Medioevo y con tanto celo las estimulaba. Fray Vicente no siempre las aprueba, y en las mujeres casi del todo las reprueba, en especial las de lejas tierras, y les aconseja que no vayan porque, añade, *cuando se hizo la de Roma el pasado año, muchas romeras volvieron... como no se habían ido*. El calificativo, en la variedad dialectal valenciana, tiene color mucho más subido.

Y cita en comprobación un caso que vale por todos, en que él, apostólico trotamundos, se encontró en una hostería invadida de romeros la noche anterior sin más lecho que un promiscuo pajar; y

aun narra ejemplares escarmientos, comprobados por él personalmente, ejecutados en religiosos de su misma Orden y de su propia casa de Valencia. Vapulea reciamente prácticas supersticiosas e invocaciones a la luna: "*Burlerías son y engaños —dice—; la luna es una piedra y no tiene alma, y los pintores que la pintan con cara, no saben qué se hacen; mentirosos son.*" Los colores con que pinta la sociedad contemporánea no pueden ser más siniestros ni sombríos, en contraposición con las primeras promociones del cristianismo. Hácelo en el sermón del martes primero de Adviento. Traduzco el paisaje, atenuándolo, de la variedad vernacular valenciana que siempre fué el vehículo de su vehemente apostolado:

"Amigos eran de Dios los primeros cristianos por su santa vida. Todos los estados de la sociedad actual están descaecidos... Si vais a los eclesiásticos, todos son simoníacos. En prelatura, dignidad o parroquia no hay quien entre por la puerta, todos entran por el postigo: ¡Ladrones, ladrones son! Y cuando entran ya, miradlos, ahitos de soberbia, avaricia, lujuria. Id a los religiosos: ¿dónde está la pobreza apostólica? Todos son logreros; entregan dineros a judíos por el logro; poseen en propio; son ricos y avaros. ¿Y de castidad, qué? ¿Dónde está la ritual celebración de los oficios divinos?; ¿dónde los ayunos? Si vais a los sacerdotes, son jugadores de ajedrez, tahures, falderos, habituados a jurar, bebedores que por tabernas mero-dean, acaparadores de dinero. Los caballeros que deberían ser el sostén de la cosa pública, ¿qué hacen? Prenden fuego a las iglesias, pillan los bienes comunales, matan hombres. Las rentas de los ciudadanos son puro logro; viven como cerdos; comen, beben, duermen y se entregan a placeres carnales. Si vais a los mercaderes, ventas y compras, todo es fraude. Los labradores se engañan los unos a los otros y no pagan los diezmos. Las mujeres contraen matrimonio como las perras; a las primeras palabritas del noviazgo no curan de lo que la Iglesia tiene ordenado y comienza ya la herejía de los *gatzaros* (?); unos herejes que yo descubrí...

"El *fomes*, el cebo de tanto pecado, la causa de tamaña corrupción, son, según Fray Vicente, las riquezas de la Iglesia,

o mejor, de los eclesiásticos. Muchos se preguntan si fué un bien para la Iglesia la cesión de Roma hecha por Constantino al Papa Silvestre (1). Los hay que afirman que fué un daño muy grave, origen de otros infinitos daños. Es fama que aquel día por todo el orbe se oyó una voz como un tronido del cielo, que decía: "*Hoy quedó, en la Iglesia de Dios, sembrado veneno de áspides.*" Yo no lo he leído, pero se afirma que de ello existe constancia en la librería del Papa, en el libro *De Moraliatibus*" (2).

Y continúa su sermón el heraldo del Juicio Final: "Algunos herejes dicen que nosotros no somos la Iglesia porque la Iglesia está manchada de copiosos pecados de soberbia, avaricia...; pero yerran. En todos los tiempos hubo en el mundo personas santas; algunos prelados de santa vida, presbíteros muchos de buena vida y asimismo un sinnúmero de religiosos que observan su propia regla; y de vosotros que vivís en el mundo, aun cuando los que siguen vida mala sean los más; los hay, empero, que excepcionalmente llevan vida buena. En la actualidad anda todo tan mezclado, que casi no se puede discriminar a punto fijo quién es el bueno y quién es el malo; ello se sabrá aína, muy aína, en el ya inminente día del juicio" (3).

A fines de aquel mismo siglo, concretamente el año 1494, salió de las prensas de Basilea un libro que llevaba por rötulo: *Navis stultifera*, que suena en romance: *Nave de los locos*. Era obra de un seglar, Sebastián Brand, escribano de la ciudad de Estrasburgo, redactado originalmente en latín, que alcanzó numerosas reimpressiones y fué traducido a diferentes lenguas vulgares. Era una sátira acerbísima, tinta en atrabilis y copiosamente rociada de sal negra contra las costumbres de su tiempo. Uno

(1) La Historia, que tan anchas espaldas tiene, no ha podido sostener la historicidad de esta cesión.

(2) Al margen del manuscrito de este sermón hay esta nota curiosa: "Tiene este libro el vicario de Bordón, quien lo hubo del rector de Horta." En otra nota se dice que este sermón se predicó en Valencia, año 1413.

(3) Roque Chabás: *Estudio sobre los sermones valencianos de San Vicente Ferrer*. Manuscrito existente en la Biblioteca de la Basílica Metropolitana de Valencia. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo IX, pág. 85 y sigs.

de los predicadores más famosos de la época y que congregaba en derredor de su púlpito una densa multitud de pueblo, Geiler de Kayserberg, acostumbraba tomar cada uno de sus capítulos por materia de los sermones que predicaba en Estrasburgo en 1498.

¿Será aventurado pensar que esta obra sugirió a Erasmo la primera idea de su *Elogio de la Locura*, y aun el título de su encomio? Queriendo Erasmo expresarla en su voz griega, inevitablemente hubo de recordar que ella, por antífrasis desde luego, evocaba el apellido de su estrechísimo amigo de Inglaterra, de su *fidus Achates*. La lealtad de Acates para con Eneas quedó en los humanistas del tiempo como el prototipo de la inalterable fidelidad y la entrañada bienquerencia en cualesquiera emergencias, así en la próspera como en la adversa fortuna, ora blanda sonriete, ora mostrare su catadura hostil.

Con toda verdad se ha dicho que el tono hace la canción. Y ello es así, tratándose del *Elogio de la Locura*. Erasmo equivocó el tono. Se atuvo al precepto de Horacio: *Ridendo, dicere verum, quis vetat?* (¿Quién prohíbe que, burla burlando, se digan las verdades, las tristísimas verdades?) No las dijo Erasmo ni inéditas ni mayores que los graves varones, comidos del celo de la Casa de Dios, que le habían precedido en el acuciante ideal de tornar a ver la Iglesia de Cristo, santa e inmaculada. Erasmo las dijo también, pero con aquel celo que más arranca y destruye, que no edifica ni planta. Y reparad en el contraste. Del lado y del grupo de Erasmo salió nuestro devotísimo Juan Luis Vives, quien con cristiana libertad, en mesuradas palabras de infinito alcance, escribió a su antiguo compañero en el Estudio General de Lovaina, digo a Adriano de Utrecht, recién elevado al solio pontificio con su mismo nombre imperial de Adriano VI, esto que sigue: "El mejor de los hombres Santísimo Padre hace venerable el mayor de los honores y en tal caso los hombres rinden justo acatamiento a la dignidad cuando la ven residir en la persona de quien, aun en el terreno particular, merecería toda suerte de consideraciones y reverencias. Pero hácenlo por befa y sarcasmo cuando se ven obligados a llamar Santísimo Padre a un hombre malo y encenagado en los vicios y danle aquel título no por adhesión ni cordial

ni mental, sino por imposición protocolaria; y es cosa que enrojece llamar Vicario de Cristo a quien nadie quisiera por vicario suyo."

Voces que invocaban con apremio la inaplazable reformación surgían de dondequiera. Cuando, por fin, tras increíbles dilaciones, no debidas ciertamente a él, el Papa Paulo III convocó el suspirado Concilio Ecuménico y cuando años más tarde ya estaba deliberando bajo el reinado de Paulo IV el Sacro Sínodo (de donde le advino a la ciudad cabecera del Tirol que bebe en el Adigio, eterno nombre) todavía arreciaban los profundos males que la Santa Asamblea había de curar; y por su urgente remedio clamaban patéticas voces españolas. ¡ Con qué conmoción de entrañas en la sesión que el Sagrado Concilio celebró, en la dominica segunda de Cuaresma del año 1562, que ofrece a la meditación de los fieles la Transfiguración de Cristo en el Tabor, clamaba, ante la asamblea augusta, por la transfiguración de la Iglesia, el Ministro General de los Menores, Francisco de Zamora, con estas palabras:

—Atended y oíd, Padres del Concilio: No con solas oraciones y clamores entre el vestíbulo y el altar atajaremos al ferocísimo jabalí salido de la selva, que disipa y devasta la heredad del Señor. Es hora de hincar la mano en resoluciones fuertes. Rescindid lo que debe rescindirse; purgad lo que debe purgarse; echad del templo a los compradores y a los vendedores; derribad las mesas de los mercaderes y las sillas de los traficantes."

¿ Se quiere más clara alusión a la simonía? ¡ Y con qué voz de dolor y canto de gemido deplora Fray Bartolomé Carranza de Miranda las pérdidas inmensas sufridas por la Iglesia, así en territorios y pueblos como en la primitiva bondad de costumbres, en un sermón de la dominica primera de Cuaresma:

—¡ Considerad, Padres Conciliares, a qué estrecheces ha sido reducida la Cristiandad! Hemos perdido todo el Egipto; hemos perdido la Cilicia, la Siria, entrambas Asias, adonde Pablo, aquel vaso de elección, llevó el nombre cristiano. Por obra de Satanás yace desolada el Africa, donde resplandecieron en días antiguos aquellas clarísimas lumbres de la Cristiandad, Tertuliano, Cipriano, Agustín. Buena parte de la Europa está caída por los suelos.

sin rey, sin ley, sin moralidad, sin vínculo ninguno con la religión cristiana. ¿Qué se hicieron aquellas Sedes patriarcales, gallardos alcázares de la Iglesia de Cristo? La Sede Antioquena que Pedro fundó, que rigió Ignacio, varón verdaderamente ígneo a quien es lícito aplicar aquello que a Elías se aplica: *Se irguió como una llama, y su palabra como una antorcha ardía*; y que por la fe cristiana soportó tantas y tamañas tribulaciones. ¿Dónde está la Sede Alejandrina, a quien evangelizó el primero de todos, Juan Marco; y después de otros el acérrimo defensor de nuestra fe, Cirilo, que tan largo tiempo la adoctrinó? ¿Dónde la Sede Jerosolimitana que gobernó Santiago, hermano del Señor? ¿Dónde la Constantinopolitana, en la que se sentaron tan santos y tan egregios pastores? ¿Dónde aquellas iglesias de Cristo, de Éfeso, de Colosas, de Galacia, a quienes con tan apostólica solícitud Pablo escribía? ¡Ay Grecia cuitada, en otros tiempos árbitra de las cosas humanas, inventora de todas las doctrinas, cuán lamentosamente estás caída! En nuestros días mortales vimos tomada la famosa Rodas; vimos invadida la Hungría y muerto su rey Luis... ¡Oh berroqueños y crudos pechos cristianos! Yo os preguntaré como los Apóstoles preguntaron a Cristo: ¿Será en este tiempo, Señor, que restablecerás el reino de Israel y le devolverás tantos pueblos y tantos reinos? Imaginad, Padres venerandos, que Cristo vuelve ¡y presto volverá! y requerirá a su Esposa cual os la dejó. Decidme, yo os conjuro: ¿cómo se la devolveréis tal cual la recibisteis? ¿Acurrucada en este rincón de Europa? ¿Ensoberbecida con esa pompa profana y ese escandaloso aseglaramiento? ¿Con esa magnificencia de palacios por los que compite con los príncipes de este mundo? ¿Con esa afluyente abundancia de toda suerte de deleites y regalos de la carne? Pero ¿esta Iglesia es la misma que Cristo fundó? ¡La mismísima! ¡Ay, cuán trocada de aquella nueva Jerusalén, descendida del cielo; ciudad de acabada hermosura y gozo del universo orbe! Todo el mundo cristiano está en expectación de lo que se prepara en este sagrado Sínodo ecuménico. Acaso las dolencias de la Iglesia son ya tan graves y tan agudas que no sufren tardanza ni toleran remedios lentos. Celeridad importa; y medicinas drásticas.”

Así habló el futuro Primado de España, votado él mismo, ¡ay dolor!, a tan negros destinos.

Y en el año 1563, cuando el ciclo litúrgico trajo de nuevo la segunda dominica de Cuaresma y la lección evangélica de la Transfiguración del Señor, el teólogo español Alfonso Contreras, de la orden de Menores Regulares, no hizo sino insistir con más dramático acento en la imperiosa necesidad de la futura metamorfosis (es su palabra) de la Iglesia en su cuerpo místico; metamorfosis, voz pagana que más que metamorfosis exterior y aparente, del tipo de las de Ovidio, convenía que fuese rutilante transfiguración y que se tornase blanca como la nieve, y que su semblante resplandeciese como el sol; y que surgiese como reengendrada en otra definitiva palingenesia:

—Yo no dudo, venerables Padres que asistís a estos Santos Comicios, los de mayor celebridad desde que hay memoria de hombres, comicios verdaderamente convocados por divino llamamiento, donde se han congregado los príncipes de los pueblos con el Dios de Abraham; comicios en que todos vosotros estáis penetrados del íntimo e indarraigable convencimiento que Él, que de Sí es piísimo y sumamente propenso a la misericordia, está enojado con nosotros, y por motivos los más justos, como son las osadías e insolencias de los hombres. ¿De qué hombres? Con vuestra venia, lo diré, Padres Conciliares: Sin posible duda, de los hombres colocados en la mayor excelsitud; de los más empinados jerarcas de la república cristiana. Los pecados de las personas privadas y vulgares, acostumbó Dios castigarlos con ligeros y particulares azotes. Pero los pecados de los primates y de las cabezas, Dios los venga con plagas durísimas y con fieros males. Suele la Sagrada Escritura denominar tales trasgresiones no simplemente delitos o pecados, sino pésimas abominaciones, afanasas maldades, según el Señor se expresa en Ezequiel. Este profeta, después de haberle tomado el Espíritu por una de sus guedejas, y llevado entre el cielo y la tierra, a Jerusalén, y a que mirase por un agujero de la pared, lo que hacía la casa de Israel, en el templo de Jehová entre el vestíbulo y el altar, el Espíritu que le llevó, le pregunta: —¿Has visto, hijo del hombre? ¿Es cosa liviana para la casa de Judá hacer las abominaciones que se hacen aquí, después que llenaron la tierra de maldad y se tornaron a irritarme?... Pues yo también obraré según mi furor; no

perdonaré mi ojo ni tendré misericordia; gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré.”

Para los primates y los jerarcas del Templo va esta durísima increpación:

—Averiguada verdad es —continúa diciendo nuestro valiente teólogo tridentino— que después que el rudo y menudo pueblo, como campo que jamás se cultivó, después de roto por el arado de los apóstoles y sembrado de la palabra de Dios y plenamente instruido, ya no cesó de rendir frutos de santificación, ni se le vió haber degenerado de la fe que abrazara ni de la disciplina moral que aprendiera. ¿Por ventura en aquellas tres centurias que inmediatamente siguieron a la pasión de Cristo, así en la fiera de las persecuciones como en la apacibilidad de la bonanza, cedió un punto la fe y la constancia del pueblo cristiano? Jamás; antes como entre las espinas el lirio y la llama entre la violencia de los vientos, y la nave entre el soplo del euroaquilón que combatió la nave de San Pablo, en medio de toda suerte de congojas, la probidad de vida y de costumbres de cada día en la Iglesia se hacía más extensa y lozana. Con el transcurso de los años y por culpa de los jerarcas, descaeció aquella pujanza y aquella lozanía se agostó. ¿No es verdad que, no más atrás de medio siglo, vimos señera y floreciente en la cristiana religión a la nobilísima Germania con su contigua Hungría y los demás reinos adyacentes? ¡Bendito Dios! ¡Y cuán postrada aparece ahora y cuán trocada de aquella otra que vimos! ¿Y qué diré de la tan defendida y fortificada Inglaterra por su separación de todo el orbe y por la amarga soledad del mar? De la Francia cristianísima diré que aunque no exista motivo de desesperar, no obstante, cualquier cosa, y aun la peor, es de temer por ella. De tantas devastaciones y ruinas vosotros sois testigos, de oídas los unos, y los otros por testimonio de los ojos fieles. Ellas deben cargarse a la cuenta, no del bajo pueblo, que no hizo sino caminar sobre las huellas de sus adalides, sino de quienes ocupan el primado y la suprema jerarquía. De ahí las guerras, las hambres y las pestilencias; de ahí las herejías, las frecuentísimas y atrocísimas incursiones de los bárbaros por el pueblo de Dios, infestando mares y tierras; los asolamientos, los saqueos, las carnicerías y los incendios.

Cuatro días antes que esta homilía se pronunciase, la muerte inopinada y casi repentina se llevó al Rdm. Hércules de Este, Cardenal de Mantua, legado del Papa en el Santo Sínodo ecuménico. Los Padres asistentes vieron en esta desaparición un aviso imperativo de Cristo, acuciador de su celo por devolver la Iglesia a su prístina pureza, y por dar al pueblo cristiano todo cuanto del Santo Concilio esperaba.

Esta era la interpretación que se le daba en Trento; pero en Roma, de donde parecía que debían partir la inspiración y el impulso, por aquellos mismos días pasaba estotro que diré, tomándolo textualmente de la *Vida y hechos de Pío V*, precioso, clásico y olvidado libro, escrito por don Antonio de Fuenmayor, canónigo de Palencia, muerto en la verdura de sus días:

“Hacen un combite cada año los Papas el día de su coronación, de mucha grandeza, adonde llaman a todos los Cardenales y Embaxadores de los Príncipes. Sobre mesa, como todo el Colegio estaba junto, propuso Pío (IV) una promoción de Cardenales: Frederico Gonzaga, hermano del Duque de Mantua y don Fernando de Mediceş, después Duque de Florencia, deudo suyo, pero entrambos más cercanos a la niñez que a la mocedad; con disgusto interior de todos los Cardenales, pero en lo de afuera con mucho aplauso, que nadie contra él ni contra tan grandes señores osava dezir. Llegó en su lugar el voto al Cardenal Alejandrino (Miguel Guislieri, de Alejandría de la Palla; la Palla es un río de ningún nombre) tras el de los Cardenales más antiguos que aprobaron la determinación; pero él, pospuesto todo miedo, dixo libremente su parecer. Alabó lo primero el dar gusto a los Príncipes, escudos de la Iglesia, pero con modo; no se hiciese de libre, sierva de los apetitos de los poderosos. Encareció la dignidad de consejeros del Vicario de Cristo, la gravedad de los negocios que se tratan, y que era defraudar de dos sabios pareceres a la Iglesia poner en aquel lugar dos niños, sin letras ni experiencia; que se dava ocasión a los herejes de llamar pareceres de mochachos los decretos Apostólicos. Dixo de la incertidumbre de la primera edad del hombre; de su inconstancia; que ponerles aquel hábito era ponerle en peligro de deshonra, y que le dexassen, como Hipólito y César Valentín, ambos mozos y el

uno de la casa de Médicis. "Que era afrentar a cuatrocientos padres que estaban en Trento, con tantos gastos y trabajos, juntos, si acabado de firmar el Canon de la edad y partes que han de tener los escogidos para el Capelo, se violaba. El premio que tantos con tantas fatigas merecían y quizá esperaban justísimamente, no se debía dar a niños. Que no les faltando méritos en mejor edad, no les faltaría Capelo a personas tan ilustres ..." Concluyó con que no era lugar ni tiempo de hazer Cardenales, porque se suelen proponer en consistorio, y porque sobre mesa, elección tan extraordinaria daría que dezir pues con más consejo debía mirarse que tras mucha comida.

"Con gran indignación recibió Pío (IV) estas razones, y vendido de la cólera se puso en pie: llamóle frayle ignorante, baxo; a lo que Alexandrino no hizo mudamiento. Salieron admirados y invidiosos los Cardenales, y el de San Ángelo diziendo a voces: Entre tantos señores, entre tanta nobleza, sólo osa hablar un pobre frailezuelo. Dios le premiará y pondrá en su Silla, que hoy ha mostrado merecerla más que todos juntos."

Todo esto es del libro de don Antonio de Fuenmayor.

Y así fué en hecho de verdad. El Concilio de Trento se clausuró en el reinado de Pío IV, año 1566. Organizada quedaba en todos sentidos, en las disposiciones del Concilio, la Reformación de la Iglesia, impulsada por Paulo III, iniciada seriamente por Paulo IV. A la muerte de Pío IV, aquel mismo año de 1566, tras un conclave laborioso, salió electo en Pontífice el frailezuelo ignorante y bajo que se levantó a contradecir el antojo del irascible Juan Ángelo de Médicis que, quizá por antífrasis, se llamó Pío. Al heroico temple de la voluntad de aquel frailezuelo y a su habilísima mano derecha confió Dios, que gobierna a la vez las cosas del cielo y las terrenales, la ejecución de los cánones tridentinos, remedio heroico de inveterados y profundos males. Roma, con asombro, vió a Pío V en las procesiones penitenciales andar a pie, con los pies descalzos, y tan fundado en evangélica mansedumbre, que no se ofendía si Pasquino le apodaba Fray Escarpión, porque nunca dejó de calzar sus gruesos y ruidosos zapatos de fraile dominicano:

Tantae molis erat Romanam condere gentem (1).

Empeño de tal volumen era reformar la Iglesia Romana.

III

Leed en qué graciosa carta dedicó Erasmo esta su sátira social, *Elogio de la Locura*, a Tomás Moro, tan fundido en unidad con él que le escribía: *Nosotros dos somos uno*.

“Erasmo Roterodamo a su querido Tomás Moro: salud:

”Estos pasados días, en ocasión que de Italia me trasladaba a Inglaterra, por no pasar todo este tiempo que me veía forzado a cabalgar sin comercio con las Musas y sin más entretenimiento que pláticas iletradas e insulsas, preferí a ratos entrar en mí mismo y rumiar algo de nuestros comunes estudios o gozarme con el recuerdo de los amigos que había dejado aquí, de tanta doctrina como apacible conversación, y entre todos, tú, mi querido Moro, eras de los primeros cuyo recuerdo me obsesionaba; y ausente tú y yo ausente, con tu recuerdo me solazaba no de otro modo que, presente, acostumbé fruir de tu presencia y de tu sabroso trato. Confúndame el cielo si jamás en toda mi vida había saboreado más ricas mieles. Y como pensé que había que hacer alguna otra cosa, y aquel tiempo parecía poco acomodado a una meditación seria, se me ocurrió componer, por puro juego, el *Encomio de la Locura*. ¿Qué diablo de diosa Palas te puso esta idea en la cabeza?, me preguntarás. El primer atisbo me lo dió tu apellido gentilicio, Moro, emparentado tan de cerca con la voz griega *Moria*, como tú estás alejado de la realidad de su sentido literal: *Locura*, de la que por universal sufragio tú no puedes ya estar más remoto. Demás de esto, sospechaba yo que este juguete de mi ingenio merecería tu aprobación porque acostumbrabas tomar solaz a costa de bagatelas de este linaje no indoctas ni, si no me engaño, insulsas por completo, y que en la vida común de los mortales desempeñan el papel de Demócrito. Aun

(1) Virg.: *Aeneidos*, I, 33.

cuando tú, según la singular perspicacia de tu ingenio, sueles estar en flagrante contradicción con los pareceres del vulgo, así también, tan acomodaticias son tus costumbres y tan comprensiva tu sociabilidad que con todos puedes, y ello te complace, ser el amigo de todas las horas. Gustoso, pues, recibirás esta declamacioncita como obsequio de tu cofrade en la profesión de las buenas letras; y aun tomarás su defensa, como que te está dedicada; y ya es tuya, no mía.

"Es cosa de prever que no faltarán maliciosos picapleitos. Los unos dirán que no parecen bien en un teólogo esas frivolidades sin sustancia; y otros, que son mordaces más de la cuenta y que no se compadecen con la mansedumbre cristiana; y nos gritarán al oído que reproducen la desenvoltura de la comedia arcaica y resucitan las sales de Luciano; y todo lo atacan con las uñas y los dientes. Aquellos a quienes ofende la ligereza del argumento y el tono festivo, querría yo que atinasen no haber sido yo quien di el ejemplo, sino que esto mismo hicieronlo con frecuencia en la antigüedad los más grandes autores. Muchos siglos ha que Homero jugó la *Guerra de Batracios*, y Virgilio el *Mosquito* y la *Torta*, y Ovidio, la *Nuez*; Polícrates, con su castigador Isócrates, compuso el elogio de *Busiris*, y Glaucón el encomio de la *Injusticia*, y Favorino las loas de *Tersites* y de la *Fiebre cuartana*, y Sinesio el panegírico de la *Calvicie* y de la *Mosca*, y el de los *Parásitos* Luciano. El grave y entonado Séneca jugó la apotheosis del Emperador Claudio trocándola en *apocoloquintosis* o transformación en calabaza, y el grave y solemne Plutarco el diálogo de *Grilo con Ulises*; Luciano y Apuleyo el *Asno*, y no sé qué autor el testamento del monstruo *Gruñón Crocota*, engendro de hiena, que remeda la voz del hombre y nunca cierra los ojos. De él hace mención nada menos que San Jerónimo en su *Comentario de Isaías*.

"Por estas razones imaginen, si les parece bien, esos melindrosos que yo, para mi solitaria recreación, jugué a los ladrillitos, o si lo prefieren, que monté caballero en una caña larga. ¿Qué irritante desigualdad es ésta que, concediendo a todo estado social sus juegos, no se permita a los estudiosos juego alguno, mayormente si las bagatelas traen cosas serias y las cosas de juego se tratan de tal manera que a veces el lector si no es de nariz obtusa

saca más fruto que de las téticas y pedantescas declamaciones de algunos? Como cuando uno, en una oración, de largo tiempo recosida, hace el encomio de la retórica o de la filosofía, otro encarece los loores de un príncipe extranjero, otro, exhorta a declarar la guerra al Turco, otro, pronostica lo venidero, otro, por fin, se saca de la cabeza tesis y más tesis sobre la lana de las cabras. Y como no hay bagatela mayor que tratar lo serio frívolamente, así no hay cosa más festiva que tratar las bagatelas de modo que parezca no haber en ningún punto bagateleado. Otros tendrán que ser quienes a mí me juzguen; no obstante, si no me engaña mi propia estimación, he loado la estulticia, no del todo estultamente.

"Por limpiarme de mi supuesta mordacidad, debo declarar que en todo tiempo permitióse a los ingenios que, contra la común manera del vivir humano, esparcieran sales con toda impunidad, siempre que la licencia no degenerara en frenesí. No acabo yo de maravillarme de la delicadeza de los oídos de estos tiempos nuestros que ya no pueden sufrir sino el énfasis y la solemnidad de los títulos. Y aun verás a algunos religiosos al revés, que toman por grave ultraje inferido a la sagrada persona de Cristo, que se les rocíe con el más inofensivo donaire, de modo especial en puntos atañentes a dinero. Yo pregunto si quien tilda la vida de los hombres sin que a ninguno señale con el dedo ni lo indique por su nombre se parece más a un mordedor que a un mentor solícito. Por otra parte, dígame, por favor, ¿con cuántos nombres no me tacho yo a mí mismo? Demás de esto, quien no pasa por alto ningún género de hombres, da a entender que con ningún hombre en particular se enoja, sino que reprende todos los vicios que la humanidad encarna. Por esta razón, si alguno hubiere que se declarase aludido y lastimado, delatará su propia conciencia o acusará su miedo. Con mucha mayor libertad y con mordacidad mucho mayor jugó San Jerónimo muy a menudo sin perdonar los nombres. Yo, aparte de que me abstuve por completo de mentar nombre propio, comedí de tal suerte mi estilo y puse en él tanta templanza que el lector cuerdo y sesudo fácilmente entenderá que yo iba en pos del pasatiempo y no de la mordedura. Ni tampoco, a ejemplo de Juvenal, removí nunca la secreta sentina de la maldad; y me industrié para hacer el recuento más de los vicios risibles que

de los vicios feos. Si alguno hay a quien estas explicaciones no satisfagan ni desarmen, recuerde que para él, es cosa honrosa que quien lo vitupere sea la Estulticia, la cual, cuando habla por boca nuestra, cuidamos que mantenga siempre el decoro del papel que representa. Pero ¿qué te digo yo a ti, abogado mío tan singular que puedes defender con óptimo derecho las causas que no son óptimas? Adiós, elocuentísimo Moro, y defiende celosamente a tu *Moria*.

Del campo, 11 de junio de 1511."

Bastante más de un lustro hubo de pasar antes de que Tomás Moro asumiese la defensa de *Moria*, su hija adoptiva, porque de momento nadie se metió con ella, al menos en público. La pícaro mozuela salida a la calle recogió más piropos y flores que desamores; fué muy leída y sábese de cierto que muy reída. Erasmo, su padre natural, la había olvidado casi del todo, y era harto poca, a lo que declara él, la estima en que la tenía. En este comedio, el humanista bátavo había cargado sus hombros con una tarea, que para ser llevada a término feliz los requería de Atlante, mucho más usada, de mucho más profundo alcance y de una inaudita y, en sentir de algunos, de una escandalosísima novedad. Era la interpretación y traslación al latín del Nuevo Testamento —*Novum Instrumentum*— tomando por base un códice griego único que momentáneamente tuvo a mano. Y como si este empeño fuera cosa baladí, descansando de un trabajo con otro, iba al mismo tiempo expurgando de feas interpolaciones, de lecciones estragadas, de galimatías que no ofrecían sentido; y con heroica paciencia lidiaba por restituir a su pureza y sinceridad originales las epístolas del Doctor estridonense San Jerónimo, que era su gran pasión de humanista cristiano, al paso que estimulaba y acuciaba la impresión y la edición de las restantes obras de este su Santo Padre preferido, que consiguieron llenar hasta los bordes siete muy recios folios. Ambas obras púsolas Erasmo, como era costumbre en aquella edad, bajo invulnerables auspicios. Dedicó el *Novum Instrumentum* a la Santidad de León X, que lo aceptó con expresiva complacencia; y las obras castigadas de San Jerónimo abrigólas bajo el manto prelaticio de Guillermo Warram, arzobispo de Cantorbery, su generoso mecenas.

No podemos hoy en día hacernos cargo de las vigiliat, de las fatigas y desvelos que costaron a impresores y a eruditos las primeras publicaciones de los manuscritos difíciles y discordantes de la venerable antigüedad que del sepulcro emergía, vencedora de tinieblas más que cimerianas. *Quantus adest viris sudor!* (1). ¡Qué sudores los que bañaban el rostro de aquellos pacientes y callados héroes! Los primeros que pusieron la mano en los tesoros que se iban recobrando debieron de estar poseídos de una emoción religiosa y de una inmensa ansiedad, como esotros que casi en nuestros días desenterraron el tesoro de los Átridas, allá en la sedienta Argólida, en la muerta ciudad de Micenas. Impresores, correctores, editores no dormían (alguno de ellos, no más de tres horas cada noche); pedían a Dios que prosperase sus esfuerzos; sazonaban su trabajo con la oración porque percibían que en cada sentencia que redimían del caos, del olvido y de la oscuridad, y en cada una de aquellas pesadas letras de piomo que movilizaban y ponían como en orden de batalla latía la luz, la segunda juventud del mundo, la garantía de la continuidad y de la inmortalidad del pensamiento humano.

El pincel rapaz y verídico de Holbein immortalizó la efigie del Roterodamo, pintándolo morosa y amorosamente repetidas veces y en diferentes actitudes. En el más conocido de sus retratos, el del Museo del Louvre, lo figura con rostro flaco y agudo, casi cortante, en actitud de escribir —que fué la dura y fecunda labranza de toda su vida—, rigiendo la pluma sobre el papel con su bella mano ebúrnea, decorada con un rico anillo; ¿el anillo episcopal, regalo de David de Borgoña, obispo de Utrecht, que le ordenó de sacerdote; o el del dios Término, con la enigmática inscripción *Cedo nulli*, que causó tanto escándalo fari-saico? El filólogo neerlandés sigue escribiendo con apacible ademán lo que su mente suavefluyente le dicta bajo su birrete de velludo, vuelta la espalda, atento a la persecución de su propio pensamiento y sordo a todo lo que no sea el que Quintiliano llamó *ardor de la invención*.

Y siendo ello así, ¡qué enorme y febril actividad, qué gemidos y qué dolores, como de parto, promueve aquella su piuma leve

(1) Horat: *Odarum*, lib. I, 15, vers. 9-10.

en las imprentas recién nacidas! Las fojas, con surcos firmes, aradas por su pluma, se esparcen por doquier y vuelan más lejos que los folios vegetales en los que la sibila de Cumas, llena de apolíneo soplo, allá en la esquividad de su antro, escribía los oráculos. Y a fuer de oráculos recibe Europa todo cuanto tocó con su péñola aquel hombrecito frío que gobierna su mano y su pensamiento arropado en pieles finas. Por él trepidan las prensas de Martens, en Lovaina; de Aldo Manucio, en Venecia; las de los Grifios, en Lión; las de Knoblok, en Estrasburgo; él hace cruzir los tórculos de París y Maguncia; por él Miguel de Eguía suda tinta en Alcalá. Pero la sede primada de donde principalmente emanan sus enseñanzas es la Ciudad-Reina; es la grave, la solemne, la doctoral Basilea; que parece haber recibido por la tríada genial de Holbein, gran poeta de los ojos, por Erasmo, caudillo del humanismo cristiano, y por Juan Froben, fundador de toda una aristocracia de la imprenta, qué del humo saca luz, una suerte de indeleble consagración de las que imprimen carácter.

Torno ahora al punto de donde me aparté para esta diversión sabrosa.

Parecía llegada para Erasmo la hora propicia de saborear las mieles del triunfo después de estas lides titánicas; y fué en esta coyuntura en que precisamente se desató contra él la primera arremetida contra la *Moria*, contra el *Novum Instrumentum*, y, con ciertas reticencias por parte de determinados centros de cultura, hasta contra la depuración del texto de las epístolas de San Jerónimo. La agresión partió de un teólogo humanista de Lovaina: Martín van Dorp, ligado con Erasmo por añeja sabrosísima familiaridad y por la común caridad de patria.

Van Dorp era holandés como Erasmo y tan gran admirador de su talento y entusiasta pregonero de su gloria, como acaso el Roterodamo no tuviera ningún otro en cualquiera de las regiones a que se extendía el señorío de la Cristiandad, que era nada menos que el límite de la fama de Erasmo.

Martín van Dorp le previene que lo que le va a decir con ingenua libertad proviene de un pecho muy amigo y muy adicto y que no tiene otra mira que la de cautelar el renombre y el honor del genial humanista. Infórmale de que su *Moria* ha suscitado

doquier vastas y espesas polvaredas, aun entre sus más aficionados devotos. “Los hay que ingenuamente la excusan; pero, quienes en redondo la aprueban son muy pocos. ¿Qué pro te iba a reportar ese fiero ataque contra el cuerpo de teólogos a quien importa tanto que no se le arroje al menosprecio de la plebe? Se impone una reparación. Escribiste el elogio de la Estolidez; ¿por qué, en desagravio, no escribes y lo publicas luego el encomio del Saber teológico? Dícenme también que has limpiado las epístolas de San Jerónimo de las innúmeras erratas de que hasta la fecha hormiguearon; que has yugulado las cartas adulterinas, que has escudriñado con un candil y has ilustrado los pasajes oscuros. Tarea ésta digna de ti, y de los teólogos muy agradecida, señaladamente de aquellos que quieren unir las ciencias sagradas con el aliño y la elegancia del lenguaje. Tengo entendido también que castigaste el Nuevo Testamento y lo has anotado en más de mil pasajes, no sin fruto de los teólogos. Este es precisamente el punto en que yo, amiguísimo tuyo, quería que quedase bien avisado mi cordial amigo. Merece muy escrupuloso examen averiguar si es auténtica depuración de las Sagradas Letras enmendar el texto latino a base de códices griegos. Si yo demuestro que en la traslación latina no se ha deslizado ni falsedad ni error que la hubieren contaminado, ¿no me confesarás que es labor baldía la de todos los que se empeñan en enmendarla? Yo me refiero ahora a su verdad y a su integridad; y las afirmo absolutas para nuestra versión vulgata. No es admisible que haya andado por tan largo trecho de siglos descaminada la Iglesia universal que la usó siempre, y que aun ahora aprueba y maneja esta misma traslación. Ni es verosímil que se engañasen tantos Santos Padres, tantos sabios consumadísimos, que, apoyándose en ella, definieron tantos casos arduos en los Concilios generales, defendieron la fe y la esclarecieron, y promulgaron cánones a los que los monarcas más poderosos rindieron sus haces. ¿Crees efectivamente que los libros griegos son más correctos que los latinos? ¿Acaso púsose más vigilancia y cuidado en conservar la integridad de los Sagrados Libros que no en los latinos, en aquellos países donde la religión cristiana ha sufrido tan a menudo mengua y ultraje y que sostienen que, aparte del Evangelio de San Juan, todos los otros contienen al-

guno que otro error? Es un hecho histórico que entre los latinos perseveró siempre pura e inviolada la Iglesia, Esposa de Cristo. Que la vulgata latina pudo ser vertida con mucha mayor elegancia, ¿quién lo duda? Y si se porfía que la sentencia dada por el intérprete latino discrepa realmente del código griego, entonces yo digo a los giegos: ¡Quedaos adiós!; y me echo en brazos de los latinos porque no puedo inducir mi espíritu a admitir que los griegos sean más enteros que los vertidos al latín. Empero, me dirás: “Yo no pretendo que introduzcas en tu código mudanza alguna ni creas ser falsa la versión latina; me limito a señalarte con el dedo lo que hallé en los volúmenes griegos que de los latinos se aparta. Esto, ¿qué daño hará?” Lo hará, Erasmo, a fe mía; lo hará. Los más polemizarán sobre la integridad de la Sagrada Escritura; dudarán muchos, no ya si en tu obra aprendieron que los códigos latinos contienen algún átomo de falsedad, sino los que lo oyeron a cualquier charlatán; y se verificará aquello que a San Jerónimo escribe San Agustín: —Si en las Sagradas Escrituras se admitieren mentiras, aunque oficiosas, ¿qué autoridad les quedará?”

Estos fueron, en resumen, los reparos que opuso Martín van Dorp a la *Locura* y al *Nuevo Testamento* de Erasmo.

Erasmo, que poseía una infinita capacidad de amistad, no solamente no tomó a enojo este quizá no espontáneo ni meditado aviso de su amigo y de su paisano, sino que le testimonió más crecida estima; le contestó con riquísima abundancia de corazón en defensa de su *Moria* y de su *Nuevo Testamento*, vertido del código griego. Entre otras cosas afectuosas, le escribió:

“Tan lejos estoy, mi querido Dorpio, de que me haya ocasionado enojo esta carta tuya, que después de recibida comenzaste a serme más caro, habiéndome sido siempre carísimo; tan sincero es tu consejo, tan amigable tu aviso, tan cariñosa tu reprehensión. Esto tiene la caridad cristiana, que aun después de haberse ensañado en extremo, siempre conserva el sabor de la genuina dulzura primitiva. Cada día me llegan infinitas cartas de varones eruditos que me llaman honor y decoro de Germania, que me llaman sol, que me llaman luna y otros títulos que más me avergüenzan que no me engalanan. Muera yo luego al punto si alguna recibí en quien tomase más deleite que la carta repre-

siva de mi Dorpio. Muy bien dijo San Pablo que la caridad no peca; si halaga, tiende a aprovechar; si riñe, mira también al provecho..."

Allende de esto, Erasmo ofreció a Tomás Moro ocasión de demostrar su pericia de abogado, su cariño de amigo, y que profesaba a *Moria* el amor que un padre siente por una hija suya, zvispada y atrevidilla. Tomás Moro aceptó la dedicación y se preparó para la defensa cuando fuere necesario. Y ya desde aquella ocasión, ambos a dos, con lealtad ejemplar, Erasmo y Tomás Moro, combatieron el uno al lado del otro y riñeron de consuno escaramuzas y batallas. Moro fué el paje de armas de Erasmo; amigo suyo en cualesquiera trances. Ya desde aquel día, no de otro modo que aquéllos dos mancebos para quienes entona Virgilio tan brillante y tan sentido ditirambo, a saber, Niso, el mozo acometedor, y Eurialo, el muchacho venerando que guardaban la puerta de Laurente sitiada, el uno enfrente del otro; Erasmo y Moro, el uno enfrente del otro, fueron custodios de la misma puerta: la puerta de la Piedad letrada, la puerta del ameno vergel de las Buenas Letras; la puerta del alcázar de las Tres Lenguas, hebraica, griega y latina, vestibulo de las Sagradas Escrituras, donde mora el Espíritu de Dios:

*His amor unus erat, pariterque in bella ruebant.
Succedunt servantque vices (1).*

Tomás Stapleton, en su obra *Tres Thomae* (Tres Santos Tomás): Tomás, apóstol; Tomás, arzobispo, mártir de Cantorbéry, y Tomás Moro; Stapleton, digo, que fué el primero que escribió, a estilo de hagiografía, la vida del canciller de Inglaterra, mártir de la afirmación de la supremacía de la Jerarquía papal, quiere dar a entender que en un momento crucial de la vida de Erasmo y de Moro, hizo quiebra su amistad adamantina. De esta suspicacia reticente del piadoso hagiógrafo inglés, los vindica y los limpia a satisfacción el abate y académico Henri Brémond en su obra *Le bienheureux Thomas More*, publicada en 1920 en la benemérita colección *Les Saints* (J. Gabalda, editor, París). Dice el autor de la *Historia del sentimiento reli-*

(1) Virgil: *Aeneis*, IX, 181-221.

gioso en Francia, refiriéndose a este hipotético episodio de la ruptura o cancelación de la amistad entre ambos egregios humanistas y sinceros y profundos cristianos:

“No queda suficientemente claro que la sátira [se refiere a la *Moria* de Erasmo] fuese de tal naturaleza que pudiera apresurar la anhelada reformatión de la Iglesia; pero Tomás Moro lo creyó así y dió la bienvenida al libro, aceptó su dedicación y se preparó para su defensa y en efecto la hizo. En esto consiste la razón de la disculpa para ambos, y al mismo tiempo demuestra que tales o cuales acusadores de Erasmo carecieron de clarividencia. Habíalos que temían que esta crítica asaz viva pudiera hacer el juego a algún hereje y preparar el camino a un movimiento sedicioso. Habíalos que no se habían dado cuenta de que el enemigo estuviese ya sobre las murallas y sostenían que la mejor manera de retardarlo o atajarlo era precisamente acelerar con vigor la reforma. Los dos bandos tenían su parte de razón. La crisis estalló con sorpresa y alarma general. Erasmo y Moro no vacilaron un punto en reconocer y en confesar que hubieran escrito de otra manera si hubieran podido con profético instinto barruntar lo que tocaba ya reciamente a las puertas.”

“La *Moria* —dice Erasmo— es obra de una época de paz y jamás la escribiera yo si previera la tempestad que amagaba.” En muchos otros pasajes de su epistolario renueva idéntica confesión; pero acaso en ninguna parte como en una carta conmovedora dirigida a un religioso que, seducido por el espejismo de la licencia luterana, meditaba la fuga del monasterio: “Yo me temo —decíale con la entrañable amargura de un hombre descorazonado y engañado en sus más caras esperanzas— que tomes demasiado en serio a ciertos charlatanes que con palabras magníficas exaltan la libertad del Evangelio. Si de más cerca vieres las cosas, tu estado actual pareceríate menos penoso. Yo oigo cómo se está acercando una ralea de hombres de quienes todo mi ser se aparta horrorizado. Nadie hay que se mejore; todo va de mal en peor, y yo mismo estoy profundamente consternado de haber, en más serenos días, celebrado en mis libros la libertad espiritual. Cierto yo lo hacía con buena intención, cuando no había síntoma de que el mundo abortaría tal linaje de monstruos. Si yo deseaba que ciertas prácticas fuesen algún tan-

to cercenadas era porque alentaba la esperanza que con ese corte saldría gananciosa la verdadera piedad. Ahora éstos suprimen tan radicalmente las prácticas, que sustituyen la libertad del espíritu por la absoluta licencia de la carne. ¿Adónde nos conducirá esta mentida libertad que no nos permite rezar nuestras oraciones ni celebrar la Santa Misa?"

Esta sentida retractación no sorprendía un punto a Tomás Moro, que se indignaba al comprobar que no cedían, antes arrebataban, las sospechas y los ataques contra Erasmo. Y escribía a su amigo cordial:

"Tus enemigos son tanto menos perdonables cuanto que tú eres (y ellos harto lo saben) el primero en reconocer y declarar que hubieras mitigado, templado y quizá eliminado muchas de tus expresiones si tuvieras barrunto de las pestíferas y prolíficas herejías que iban pronto a sacar su cabeza del averno. A esos encalabrinados pertinaces, a quienes semejante acto de contrición no les satisface ni desarma ni apacigua, costaría muy mucho declarar limpios de análoga sospecha a algunos de los más conspicuos Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Estos Santos Doctores y Padres, preocupados exclusivamente, como tú mismo, en remediar los males presentes, no atinaron a adivinar los peligros venideros. Ea, buen ánimo, amigo mío, y si todavía ves que hay ciertas gentes que alientan para contigo ceñudos y sombríos recelos, perdónales esta callada ofensa en gracia de la pureza de sus intenciones."

Y el mismo Tomás Moro, por la parte de responsabilidad que pudiera alcanzarle, mostrábase decidido a la inmoliación y a la incineración de su pasado literario ante las urgentes necesidades de la Iglesia:

"En nuestros tiempos —escribe— existen hombres asaz malignos para escandalizarse de la propia Sagrada Escritura. Si hubiese quien hoy día tuviera el proyecto de traducir la *Moria* al inglés, o alguno que otro libro mío, aunque no contuviese nada malo, yo no lo consentiría, antes por mis propias manos quemaría yo los libros de mi querido Erasmo y también los míos, por no brindar a la malicia de estos hombres la ocasión de tomar a mala parte lo que saben ellos mismos que no se hizo por malicia."

Este testimonio parece decisivo. El que lo escribió fué siempre hijo fiel, leal, sumiso a la Iglesia y selló esta fidelidad con la efusión de su sangre. Por lo que toca y atañe a su caro Erasmo, sabemos lo que pensaba de él y a título de qué le guardaba su estimación y su confianza. Erasmo, verdad sabida de Tomás Moro y reconocida por Bossuet, que le trata con toda consideración en su *Historia de las Variaciones*, jamás desertó de la Comunión de la Iglesia Católica. Erasmo no fué quien puso el huevo que Lutero empolló; el huevo era muchísimo más antiguo. No estará por demás acostumbrarnos a la idea de que el canciller de Enrique VIII era un fino concedor de hombres: *Homo naris emunctae*. ¿Qué más se quiere? En nuestros días hemos visto cómo entre los innumerables mártires del cisma de Inglaterra, el Papa Pío XI ha elevado a Tomás Moro al honor de los altares, al par de su gran amigo Juan Fisher, obispo de Rochester, gran amigo también de Erasmo, con quien mantuvo afectuosa correspondencia epistolar casi hasta la víspera de su encarcelamiento. Erasmo jamás desertó de la comunión católica, cosa comprobada de Tomás Moro; realidad experimentada por los cuatro Papas de su tiempo, León X, Adriano VI, Clemente VII, Paulo III, que no disimularon su estima, su gratitud y aun este último quiso darle el capelo, que Erasmo, por anciano y enfermo, declinó; como se lo dió a Juan Fisher. Esto le valió la inmediata decapitación, que es el más glorioso y lucido de los capelos.

El canciller de Enrique VIII era de una finísima sagacidad. No se equivocó en el pronóstico de la ferocidad de su regimiento. Es sabido que a veces inopinadamente se presentaba el Rey en aquel domicilio de la virtud, de las Gracias y de las Musas, en aquella arca de Noé de animales exóticos y de instrumentos músicos (que Erasmo tan cariñosamente nos ha descrito en la carta 999 y Holbein tan genialmente nos ha dibujado), en la mansión suburbana de Chelsea que el Canciller de Inglaterra se compró con dinero immaculado. Y al menos una de tantas veces, con gran complacencia de su familia, que lo contemplaba por una ventana, Enrique VIII rodeaba con su brazo amistosísimamente, el cuello de su Canciller paseando por la espesura de la arboleda adonde llegaba el blando rumor y el fresco aliento del Támesis.

Y como su familia le ponderase la gran demostración de cariño que el ademán del Rey representaba, Tomás Moro, profetizando sin saberlo, respondió: —No vacilaría un punto el Rey en derribar este cuello, si le hubiera de valer una ciudad de Francia.” Lo derribó el Rey por bastante menos: le derribó por la mitad de un lecho adulterino.

Tomás Moro vió a Erasmo muy de cerca. Lo tuvo hospedado en su casa de Chelsea; vivió con él en familiaridad sabrosa, en profunda intimidad; idolatraba en él toda su familia; con gran contento del padre, mantenía Erasmo correspondencia con las tres hijas discretísimas; las tres *Morias*, que decía él, como si dijera las tres Gracias; y con el padre y con ellas y con el hijo Juan, a quien dedicó la *Nuez* ovidiana con una letra encantadora, haciéndose muchacho como él, participó en la vida común y en los piadosos rezos colectivos. Parece que Tomás Moro, tras una experiencia de más de treinta años, está en mejores condiciones para juzgar a Erasmo que aquellos lectores recelosos que por haber leído la *Moria* y algunos de sus *Coloquios* piensan conocerlo suficientemente para juzgarlo, para definirlo y aun para condenarlo.

IV

Infinitamente más que la *Moria*, concitóle a Erasmo sañuda hostilidad su versión directa del griego del *Novium Instrumentum*. Con arremetida como de jabalí se le echó encima el teólogo y filólogo Diego López de Estúñiga, colaborador de la *Polyg'ota* de Cisneros. No era ciertamente Estúñiga para Erasmo un enemigo contentible:

*Arcades ambo;
et cantare pariter et respondere parati* (1).

Ambos eran de Arcadia; dispuestos en todo momento a cantar y a responder en competencia, como Coridón y Tirsis, de la égloga virgiliana.

(1) Virgil.: *Egloga VII*, vers. 4-5.

La agresión del lado de Estúñiga fué como impelida por un irrefrenado instinto biológico. Estúñiga dice en tono jactancioso y con una imagen españolísima que él fué el primero *a echar, la garrocha a esse toro tan bravo*; baladronada no muy propia en la pluma de un teólogo. No andaba implicada en esa encrespada cuestión personal la suerte de las Buenas Letras, que ambos las tenían a cual mejores, ni el denominador común del odio a las Tres Lenguas que solió unir en apretado haz a los enemigos de Erasmo. Contra las Tres Lenguas, madres y nodrizas de la literatura cristiana, se llegó a predicar en un púlpito francés:

—Se ha descubierto recientemente una lengua nueva; se la llama griega. Hay que evitarla con más cuidado que a la sangre viperina. Esta lengua es madre de todas las herejías. Yo veo en manos de muchas personas un libro traducido de esa lengua; llámase el *Nuevo Testamento*; guardaos de él; es un libro lleno de abrojos y de escorpiones. Por lo que toca a la lengua hebrea, todos aquellos que la aprenden, luego al punto inevitablemente se tornan judíos.”

No es de mi incumbencia contar, una vez más, la historia de este penoso episodio entre Erasmo y Estúñiga, quien en vísperas de su muerte se reconcilió cristianamente, por los buenos oficios de Ginés de Sepúlveda, con su antagonista a quien vejó tanto y con tan abrupta y tan cerrera contumacia, desacatando mandatos del Colegio Cardenalicio, del César Carlos y hasta del Sumo Pontífice, que le prohibió escribir contra Erasmo. En el interín aparece por primera vez en este movido escenario del erasmismo español, el colaborador en la Biblia Complutense y secretario del Primado toledano don Alfonso de Fonseca, Juan de Vergara, canónigo de Toledo, acaso el más acendrado erasmista de cuantos en España han sido; que *erasmizó* a su Amo y Señor, leyéndole en ratos de ocio trozos de sus obras, que el magnífico Prelado subvino con mano larga; que *erasmizó* a toda su familia: a su hermano Francisco, a su hermana doncella Isabel que en las *Paráfrasis* evangélicas y en el *Enquiridión* aprendió el latín, como tantos otros y tantas otras; a su hermano uterino Tovar, que atrajo sobre su cabeza tan fieros males y tan sañuda persecución que dieron con él en las cárceles y tras

los hierros del Santo Oficio. Es una historia bien triste que no me incumbe narrar:

Historia lamentabile, ma vera (1).

Tras el breve y amistoso escarceo con Martín van Dorp, investigado por ciertos teólogos de Lovaina; y tras las cotidianas pelamesas que mantuvo con las siempre renacientes y ubicuas huestes enemigas de las Buenas Letras, por un momento pensó Erasmo que se podía halagar con la esperanza de que el tiempo amansaría la hidra: *Rectius, ni fallor, tempore languescet haec excetra*. No; con el tiempo no languideció la hidra. La hidra renació más virulenta y con más cabezas y furor que nunca.

Harto claro se ve que no podía ser publicado con intención amigable ni con el misericordioso fin de enmendar al errado, un libro polémico al que, bruscamente, se pone por título *Blasfemias e impiedades de Erasmo* (2). En carta responsiva a la que el canónigo toledano le había escrito, sumamente comedida, le dice el irritable Estúñiga: "Hallarás en la traslación al latín del *Novum Instrumentum* que Erasmo abunda en el sentir de Arrio, de Apolinar, de Joviniano, de los secuaces de Wicleff, de los Husitas y por fin del propio Lutero, a quien Erasmo y nadie más que Erasmo, con estas sus blasfemias, instruyó, armó y adoctrinó en la impiedad". Y sigue diciendo Estúñiga, cuya musa es el enojo: "Gócense norabuena con su Erasmo los septentrionales: llámenle Sol, llámenle Luna; proclámenle decoro de la Germania, y *Panesramio*, como le han apellidado algunos, mientras Italia le llame impío; mientras Roma, capital y señora del mundo, le tenga por blasfemo y merecedor de que se le inflija punición igual a la del propio Lutero y que se le condene por enemigo público de la Iglesia Romana. Y si su corifeo no entrare en mejor seso y no abjurare de las impiedades que propaló, no les quepa a

(1) Ultimamente, el afortunado y consecuente investigador de los Archivos Inquisitoriales, P. Miguel de la Pinta, O. S. A., ha publicado documentos sensacionales que se verán en otro lugar.

(2) *Erasmii Roterodami Blasphemiae et Impietates*, per Jacobum Lopidem Stunicam, nunc primum propalatae ac proprio volumine alias redargutae. Romae, A. Bladius, 1522, 4.º

los erasmicos duda alguna de la triste suerte que les espera así que llegare a Roma el nuevo Sumo Pontífice”.

El nuevo Sumo Pontífice era el Cardenal de Tortosa, Adriano Florente, que desde Vitoria, como quien dice, desde la última orilla de España, donde le sorprendió la noticia de su elevación a la Sede de Pedro, en jornadas lentísimas, por tierras fragosas y por aguas amargas, se encaminaba a la Ciudad Eterna, que le esperaba engalanada con sus arcos y las insignias papales, las Llaves y la Tiara. Había sido Adriano rector de la Universidad de Lovaina, donde convivió con Erasmo, que oía sus lecciones teológicas y trabaron sabrosa amistad, admiración mutua y conciencia directa, estando incardinados ambos en la diócesis de Utrecht. Erasmo le había mostrado el *Enquiridion militis christiani*, y el rector lo había aprobado, por no hallar en el libro, después famoso y discutido, cosa ninguna que reprender. Este amigo de Erasmo era el Pastor de que *Dios había proveído su Iglesia y en tiempo que tanto era menester*, según testimonio de Estúñiga. Este era el Papa que había de *espulgarle a Erasmo las impiedades y había de echar fuera de su nido las víboras, y había de proceder adelante hasta compeller a Erasmo a que venga aquí a Roma y haga penitencia y se desdiga; y si no ... a la hoguera, donde será un ascua más en la fogata resinosa, en la cual los herejes arden de pie y echan humo por la garganta traspasada*” (1).

Lo que hizo el Papa Adriano VI no fué lo que Estúñiga imaginó; o sea coger a Erasmo con uno u otro de los dos cuernos del dilema: abjurar o quemar. El nuevo Papa, que le conocía por trato y convivencia personal, le envía un Breve encabezado así: “Adriano, Papa VI, al amado hijo Erasmo Roterodamo: Amado hijo, salud y apostólica bendición.—Las letras que Nos enviaste, así la escrita de tu propio puño, como aquella en que Nos dedicas los *Comentarios de Arnobio*, las he leído una y otra vez con mucho agrado.; tanto porque venían de ti, a quien por tu egregia erudición siempre tuvimos en gran estima, como porque demostraban para con Nos una singular reveren-

(1) Esto último está en verso: *Aut taeda lucebit in illa — qua stantes ardent qui fixo gutture fumant*. No puedo atinar estos versos cuyos son.

ciã y una piedad filial... Por lo que afecta a los recelos que manifiestas de que la detracción o el odio te hayan hecho sospechoso ante Nos de adhesión a la facción luterana, queremos en este punto que estés perfectamente tranquilo. Aunque por hablarte con sinceridad, Nos haya delatado tu nombre uno que otro no muy adicto tuyo, Nos, por nuestro propio natural y por deliberado propósito, como también por la función pastoral que desempeñamos, no solemos prestar oído fácil a las siniestras referencias que Nos llegan tocantes a personalidades conspicuas en doctrina y virtud; comprobamos por ellas que cuanto más dotadas de saber excepcional, tanto más expuestas están a las maldeduras de la envidia.”

“No obstante, por el afecto que te profesamos y por el celo y cuidado que tenemos de tu fama y gloria verdadera, te exhortamos a que contra las nuevas herejías aguces y requieras ese estilo tuyo que por divina benignidad tiéneslo felicísimo. Por muchas razones debes persuadirte que esa tarea Dios te ha reservado concretamente a ti con especialísima providencia. Hay en ti poderoso ingenio, rica y varia erudición, y en escribir, una agilidad y soltura cuales en nuestro tiempo la tuvieron poquísimos, por no decir que ninguno; y, allende de esto, gozas de suma autoridad e influencia en aquellas naciones donde tuvo su origen este mal; dotes éstas que Dios te dió con mano munificente y que debes emplear en honor de Cristo y defensa de la Iglesia Santa. Por ende, nuestro más vivo deseo es que a esos que maquinan hacerte suspecto en el negocio luterano, de este modo les cierras la boca; y que esos grandes y laboriosos esfuerzos que consagraste por tan largo espacio de años a promover el culto de las Buenas Letras y pulimiento y restitución de la autenticidad de la Sagrada Escritura, los remates y los coronos con estotra tarea santísima, como no hay ninguna otra más grata a Dios, ninguna más deseada de los católicos de veras, ninguna más digna de tu ingenio, de tu erudición, de tu elocuencia...”

No era esto ciertamente lo que esperaba del nuevo Papa, Estúñiga que del día en que fué elegido Pastor de la universal Cristiandad había escrito a Vergara *ser el gran día que habia hecho el Señor y por el cual debía bendecirse su santo Nombre*; y cuán agrio gesto debió de poner cuando Vergara le comunicó que

por decreto del Colegio Cardenalicio estaba prohibida en Roma la venta de su libro *Blasfemias y herejías de Erasmo*, y le manifestó sin disimulo ni afeite el gran daño que a su propia reputación de teólogo había hecho este libelo, porque “*hablando contigo con la mano en el pecho*, es decir, con franqueza y libertad, en él tachas algunas verdades católicas como blasfemias, e imputas como profesados por su autor algunos conceptos que él pone en boca ajena, de la *Locura* concretamente; y a muchos parece que defiendes como pías y católicas ciertas bagatelas y supersticiones aniles. Son muchos los que no se recatan de decir que obras-te movido de ciega malevolencia. Yo, que jamás lastimé tu dignidad, en este punto me sentí incapaz de envidia; y ello me movió a que te lo significase por carta. Mi deseo sería que entre vosotros dos convinierais treguas, por más que yo preferiría paces. Harto dimos ya al malhumor; harto, a la bilis; es hora ya de que demos algo a la mansedumbre, algo a la caridad cristiana.”

Pedro Barbirio, que tuvo gran cabida con Adriano VI, escribía a Erasmo desde Tournai a los 9 de julio de 1533:

—Si hay errores en tus libros, júzguenlo aquellos a quienes compete. Yo no presumo tener autoridad para ello. Lo que te puedo decir es que muy a menudo lamenté que tuvieses tantos censores y reprensos, a quienes yo muchas veces hube de plantarles cara. Testigo de ello podría ser Estúñiga, que parecía enseñarse contigo, guiado no por la razón, sino por una especie de frenesí: *Contra te rabie quadam magis quam ratione ferri*.

Parece que el Cardenal Cisneros, que no era tan buen teólogo ni tan gran filólogo como ninguno de estos dos contendientes, pero que en su gestión se inspiraba en la política de Dios y gobierno de Cristo, hubiera querido tener en su *Poliglota* monumental, más perenne que el bronce, la colaboración de este trinomio: Erasmo, Estúñiga, Vergara. Erasmo fué invitado dos veces por Cisneros a que viniese a España, en circunstancias en que no tenía Erasmo ganas de *hispanizar*, como él mismo dice; más tarde fugazmente le dolió haber declinado la invitación; a los otros dos, ya Cisneros los tenía: Estúñiga laboró en la parte helenística; Vergara, en los libros Sapienciales. Estúñiga mostró a Cisneros sus *Anotaciones* a la versión del *Nuevo*

Testamento de Erasmo, o digamos sus *Blasfemias y herejías* antes de publicar el libelo. El Cardenal, prudentísimo, le aconsejó que antes lo mostrase a Erasmo, que podría aprovecharlas para mejorar su obra, al paso que se evitaría el posible escándalo. Estúñiga no escuchó el consejo y se produjo el ruido y la ruptura, en la que el más perdidoso fué el enojadizo Estúñiga. Prevenido por la muerte, reconoció su error y se reconcilió con su antagonista. El amigable componedor fué el teólogo cordobés Ginés de Sepúlveda, que puso en manos de Erasmo, por expreso deseo de Estúñiga, las famosas *Anotaciones*, que en buena parte aprovechó el filólogo holandés. Penoso episodio éste, que tardíamente y luego de hacer algún estrago, acabó, gloria a Dios, por donde debiera haber comenzado.

LORENZO RIBER.